

Psicología y desarrollo humano

La muerte y resurrección de Jesús, vértice de la comunicación entre Dios y el hombre

Hna. Virginia Isingrini

Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

Las ‘entregas’ humanas y Las ‘entregas’ divinas

Durante la Pasión de Jesús se pueden distinguir tres tipos de entrega. La primera está constituida por la sucesión de las ‘entregas humanas’ del Galileo: la traición del amor lo entrega a sus adversarios; viene enseguida la entrega a Pilato y, por último, la entrega a la crucifixión. Si todo se hubiese quedado aquí, comenta el teólogo Bruno Forte, «la suya hubiera sido una de tantas muertes injustas de la historia... Pero la comunidad primitiva sabe que no es así; por eso nos habla de otras tres entregas misteriosas». La primera es la que el Hijo hace de sí mismo: «Esta vida en la carne, la vivo en la de del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2, 20). El Hijo se entrega a su Dios y Padre por amor nuestro y en lugar de nosotros. El camino del Hijo hacia la alteridad, su ‘entregarse’ a la muerte, es la proyección en la historia de lo que tiene lugar en el misterio. A la entrega del Hijo corresponde la entrega del Padre. Se nos indica ya esto en las fórmulas del llamado «pasivo divino»: «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y lo matarán» (Mc 9, 31); «El que... lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?» (Rom 8, 32). La ofrenda de la cruz indica en el Padre que sufre la fuente del don más grande, en el tiempo y en la eternidad: la cruz revela que Dios es amor. El sufrimiento del Padre no es más que otro nombre de su amor infinito. Pero la cruz es igualmente historia del Espíritu: la entrega suprema se consume en el ofrecimiento del Espíritu: «Inclinando la cabeza, entregó el Espíritu» (Jn 19, 30). Sin la entrega del Espíritu, la cruz no se mostraría en toda su radicalidad de acontecimiento trinitario y de salvación. Si el Espíritu no se dejase entregar en el silencio de la muerte, la hora de las tinieblas podría confundirse con la de una oscura «muerte de» Dios.

Podemos ver representado plásticamente lo que acabamos de decir en «La Trinidad» de Masaccio, un fresco en Santa María Novella, de Florencia, llamado también «Trinidad en cruz». En ella podemos contemplar al Padre que, desde lo alto, sostiene los brazos de la cruz de donde pende Jesús. El Padre está allí en el acto de ofrecer a su Hijo, de comunicarlo a nosotros en un gesto de amor infinito. El Hijo está clavado en la cruz y, a la vez, se ofrece y abandona al Padre. Se entrega a los hombres, hasta a sus asesinos, a quienes tanto ama. En el centro, entre el Padre y el Hijo, se ve la paloma, figura del Espíritu, signo de comunión entre los dos y fruto de la entrega del Hijo. El Espíritu abre la Trinidad al mundo; al mismo tiempo une el mundo al Hijo y Él al Padre. Nuestra humanidad está representada por María y por el discípulo amado, que se encuentran a los pies de la cruz. Ésta es una escena de muerte: el Crucificado es un hombre rechazado, cuyo mensaje no ha querido aceptar la humanidad. Pero todo ahora respira vida, comunicación, esperanza. Es el Misterio Pascual, muerte por amor, vida desde la muerte. En efecto, todo es leído a la luz de la resurrección. La comunicación entre Dios y los hombres y de los hombres entre sí, queda restaurada e impulsada según las dimensiones y potencialidades divinas.

La comunicación de Jesús

Entre las rupturas y continuos reinicios suscitados por el incansable amor de Dios, toda la Biblia puede leerse como la historia del diálogo entre Dios y los hombres, y de los hombres entre sí; en un constante esfuerzo por entenderse y por superar los fracasos de la comunicación que regularmente se presentan.

Si bien es la muerte y resurrección de la Palabra hecha carne donde se realiza en su plenitud esta comunicación humana y divina, por otro lado toda la vida de Jesús restablece, según diferentes modalidades, ese mismo diálogo.

a) Vemos ante todo los milagros de sanación en los cuales Jesús devuelve la plena dignidad al hombre, restituyéndole la capacidad de comunicar y convivir con sus semejantes. Pensemos, entre muchos ejemplos, en el endemoniado geraseno (cfr. Mc 5, 1 20). El Evangelio lo presenta como un hombre a la total merced de fuerzas que lo deshumanizan: sin ropa, sin casa, viviendo entre sepulcros, gritando y golpeándose con piedras día y noche. Este ser asocial y encerrado en su enfermedad mental, por el poder del Señor es convertido en un hombre que está tranquilamente sentado junto a Él, vestido y en su sano juicio.

En el milagro de la sanación del sordomudo (cfr. Mc 7, 31 37) hay otro ser humano, impedido casi por completo en su capacidad comunicativa: habla con dificultad, probablemente emitiendo puros sonidos guturales, y no puede oír nada. Ni siquiera parece saber bien lo que quiere, puesto que necesita que otros lo lleven a Jesús. Pero el milagro no se produce de forma sorpresiva e inmediata. Primero Jesús lo lleva aparte, lo separa de la multitud curiosa que a su alrededor estaba esperando algún gesto aparatoso. Se dirige únicamente a ese hombre enfermo, mostrándole en la intimidad todo su interés y cuidado. Luego le introduce los dedos en los oídos, como para reabrir los canales primigenios de la comunicación, posteriormente le unge la lengua con su saliva para comunicarle fluidez. Tal vez los signos nos parezcan burdos, pero, ¿cómo comunicarse con alguien encerrado en su mundo y falto de los canales comunicativos fundamentales, es decir, el oído y la palabra? Parece que Jesús acepta hablar el único lenguaje que este hombre puede comprender y, desde ahí, lo ayuda para que se abra a una posibilidad nueva y más humana de relacionarse con los demás. A estos signos Jesús añade su mirada hacia lo alto y un suspiro que indica su profunda participación al dolor de la condición humana. Sigue el mandato de Jesús: «Effatá, que quiere decir ‘¡ábrete!’ », para que puedas proclamar tu fe para alabanza de Dios (como reza el rito de la iniciación cristiana de los adultos). Como efecto de esta orden el que era sordomudo, empieza a proclamar lo que Jesús le ha hecho, a pesar de su invitación a no decirlo a nadie. Y su comunicación se vuelve contagiosa, todos proclaman con estupor las maravillas realizadas por el Señor.

b) Las palabras de Jesús denuncian, desenmascaran las trampas de la comunicación interpersonal, las hipocresías y bloqueos comunicativos entre las personas y los grupos. A quien le pide seguirlo, le responde que el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza (cfr. Mt 8, 20). No tiene miedo de precisar las exigencias del seguimiento: «El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío» (Lc 14, 27). Por esta claridad de lenguaje Jesús no teme perder ni siquiera a uno de sus seguidores, como en el caso del joven rico, o inclusive a sus mismos Apóstoles: «¿También ustedes quieren marcharse?» (Jn 6, 67).

Son terribles sus reproches para aquellos en cuyo lenguaje no hay lealtad o cuyas intenciones son torcidas: «Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas... ay de ustedes, guías ciegos...» (Mt 23, 13 ss).

c) Con sus gestos y palabras, Jesús promueve y alienta la comunicación, la amistad, el estar juntos en fraternidad. Llama a sus discípulos a estar con Él y, en ocasiones, los lleva aparte para que descansen un poco. Al volver después del primer envío misionero, le cuentan todo lo que han hecho. En los Evangelios encontramos páginas admirables donde Jesús demuestra su capacidad para entablar un diálogo nuevo y profundo. Recordemos cuando acoge a la samaritana desconfiada y cerrada, y poco a poco abre su corazón a preguntas hasta entonces inimaginables, y cuando en la noche habla con Nicodemo, un hombre replegado sobre sí y que en contacto con Él se vuelve humilde, deseoso de aprender cosas nuevas, o cuando hace brillar el rayo de la resurrección en la oscuridad del dolor de Marta y María, que lloraban por el hermano y amigo común.

d) Jesús, para comunicarse auténticamente con los hombres, está en constante comunión con su Padre mediante el diálogo de la oración. Son numerosos los pasajes que nos lo describen levantándose de madrugada y retirándose a un lugar desierto para orar. Especialmente el evangelista Lucas gusta de anticipar los momentos cruciales de la vida de Jesús con este diálogo íntimo y amoroso con su Padre. Y cuando enseña a los suyos a orar, los exhortará a no identificar la eficacia de la oración con la palabrería. El silencio de un cuarto bien cerrado es una voz que Dios oye mejor que las proclamaciones hechas en las sinagogas o en las plazas.

e) La vida entera de Jesús es una Palabra que pasa a través de los múltiples tonos de la palabra humana. Pensemos en su capacidad única y extraordinaria de construir parábolas y comparaciones, de hacer preguntas, de interpelar y denunciar, de hablar en la intimidad o desde la cumbre de una montaña, así como de suscitar respuestas y nuevos cuestionamientos, al punto que todos, también sus enemigos, debieron reconocer que nadie había hablado así hasta entonces.

Su nacimiento en la pobreza de Belén, el largo silencio de los treinta años pasados en Nazaret, su sentarse a la mesa con pecadores, el llanto sobre Jerusalén y por el amigo Lázaro, su compasión por las dolencias humanas, son acciones y gestos que dan a sus palabras todo el espesor de la verdad. Se trata en ocasiones de un lenguaje altamente simbólico, capaz de provocar, de aludir y evocar, involucrando a sus oyentes sin hacerles violencia.

Y, por último, la cruz

Jesús no sólo nos ofrece modelos para una comunicación auténtica, sino que endosa hasta la cruz las consecuencias de nuestras relaciones descarriadas: «La cruz es la obra maestra simbólica de la comunicación divina; la comunicación de Dios al hombre tiene su punto culminante en la cruz, donde Jesús carga sobre sí mismo todo el acervo de bloqueos, de odios, de rechazos, de celos, de desconfianzas que hacen de la humanidad un infierno.

Jesús soporta todo en su carne, como Hijo de Dios se deja destrozar, matar, desangrar, para vencer en su propio cuerpo el misterio de iniquidad que es misterio de división y de no comunicación. Cuántas veces leemos que los Apóstoles no lo entendían, tenían oídos y no oían, tenían ojos y no veían. Jesús los sana, sana a todo hombre, asumiendo sobre sí todas las heridas, todos los golpes, las consecuencias producidas por este infierno traumático que

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 45 (2010)

es la sociedad, la historia, para sanarlos desde esa oferta de amor y de comunicación que, en la cruz, ofrece al pueblo... Para comprender a Dios y a la Trinidad es preciso mirar la cruz; para comprender lo que significa comunicarse es necesario mirar la cruz» (MARTINI, CM: Oración y conversión, Verbo Divino, Estella 1995, pp. 218-219).